

LAS CASAS NUEVAS

En este extracto del artículo que el año 1833 publicó Mariano José de Larra, da su autor su original versión sobre las casas nuevas que por aquella época se construían. Son estas mismas casas a las que acaba de dedicar un sentido recuerdo un ilustre cronista de nuestros tiempos, Agustín de Foxá, y que se ofrece al lector en la página siguiente.

.....
Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes a mi hombre descontento ya con cuanto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere, cuando menos, mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque ésta es, muy de antiguo, la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el origen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es sólo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están reducidas a una o dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general a causa de su mala repartición y combinación de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirijímonos, pues, a ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población, que se va colocando sobre los límites que encerraron a nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razón que se sigue en todas el método antiguo de construcción: sala, gabinete y alcoba pegada a cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio más desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construcción a las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros países lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieron llegarse a desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrían sustituir por vidrios de mejor calidad, de más tamaño, y unidos entre sí, sobre todo, con sutiles listones de madera, que harían siempre mejor efecto a la vista y darían más entrada a la luz? ¿No convendría desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles por puertas-ventanas de hojas más delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse en el uso de las comodísimas chimeneas para las casas, sobre todo más espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseiros que nos abrasan las piernas, dejándonos frío el

cuerpo y atufándonos con el pestífero carbón, y que son restos de los sahumadores orientales, introducidos en nuestro país por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canelones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeúnte, además del agua que debía caer, naturalmente, del cielo, toda la que no debía caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes a los de Correos, pegados a la pared?

Los caseros, más que el interés público, consultan el suyo propio: aprovechemos terreno, ese es su principio; apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje: cada habitación es en el día un baúl, en que están las personas empaquetadas en pie, y las cosas, en la posición que requiere su naturaleza; tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra, que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco más de hombre o un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

.....
No hubo más remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza a todos los diablos. Venciéronse, por fin, las dificultades: ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padrón, y cogió...—¿qué había de coger, por último?—el cielo con las manos, lectores míos. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcón, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y, al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le había estorbado (si se hubiera roto al principio, pleito por menos). Fué preciso pagar los daños; el bufete entró como taco en escopeta, haciendo más allá la pared a fuerza de rascarle el yeso con las esquinas; la cama de matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fué imposible meterla en la alcoba; el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chinchón, en vez de levantar la cabeza, con el techo, que estaba el hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero, ¡oh desgracia!, mi amigo tiene un suegro sumamente gordo; verdad es que es monstruoso, y es hombre que a menester dos billetes en la diligencia para viajar; como a éste no se le podía romper la pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en la casa? No es decente. ¿Meterlo por el balcón? No es para todos los días. ¡Santo Dios! ¡Que no se hagan las casas en el día para los hombres gordos! En una palabra: desde ayer están los trastos dentro, mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial, y el viejo en la calle esperando, o a perder carnes, o a ganar casa.